

Luzmila

Luzmila pertenece a la comunidad peruana del Uruguay. Llegó al país con cuarenta y cuatro años de edad, hace seis años. Actualmente es encargada en una empresa de limpieza.

Entrevistadora/a: ¿Dé que parte del Perú viene?

Luzmila: Yo vengo de Tarapoto; es la parte de la selva peruana, departamento de San Martín.

Entrevistadora/a: ¿Hace cuántos años está viviendo en Uruguay?

Luzmila: Hace seis años.

Entrevistadora/a: ¿Vino directo de Perú a Uruguay o estuvo viviendo en otros lugares?

Luzmila: Vine de Tarapoto a Chiclayo, que es una provincia que queda cerca de Lima (llegas en una noche de viaje). Luego, fui de Lima a Chile, a Argentina y de allí a Uruguay. Ya venía pensando en trabajar en Uruguay; esos lugares fueron de pasada.

Entrevistadora/a: ¿Se acuerda de cómo fue que se enteró que aquí podía conseguir trabajo?

Luzmila: Vine acá por una señora, con un contrato de trabajo, vine a trabajar directo. No la conocía a la señora, pero una compatriota mía trabajaba en la casa de una señora en Carrasco y ella me dijo que necesitaban una empleada. Entonces, ella le comentó a la señora que tenía una compatriota que estaba interesada en el trabajo. A la señora le pareció bien, y me mandó el contrato y el dinero para el pasaje (fueron doscientos dólares). Con el dinero que me mandó me saqué mi pasaporte, los pasajes y con ese dinero vine y llegué a la casa de la señora, aquí, en Carrasco. Ahí trabajé dos meses con ella y después, como no me acostumbraba con la señora, busqué otro trabajo por intermedio de otra compatriota y me fui a trabajar en Pocitos. Me quedé como cinco años [como empleada doméstica] con *cama adentro*. Siempre trabajé con *cama adentro*, menos ahora. Actualmente, estoy trabajando en una empresa, [en la] que estoy como encargada (es una empresa de limpieza, que trabaja con edificios, como el de Catastro, el Ministerio de Industria y Energía...). Como encargada, yo tengo que manejar cuatro personas en un lado y seis personas en el otro edificio.

Entrevistadora/a: ¿Cuál es su tarea?

Luzmila: La encargada tiene que hacer de todo: ver horarios, revisar como va la limpieza, preparar los productos; estás, además, vigilada constantemente por la supervisora. Si faltó el

personal, [tenés que] conseguir a alguien que ocupe su lugar; si se le llama y no responde, hay que averiguar por qué, o si llama alguien porque no puede venir, tiene que traer comprobante del motivo de su falta. Debo escribir cómo se porta cada persona en su trabajo, si lo hace bien o hay que hacerle un llamado, si llega en hora, si no falta. Y los productos no es sólo prepararlos sino [asegurarse de] que haya suficiente, que no se gaste de más, que no falte. Si hay algún problema, enseguida hay que avisarle a la supervisora, y tratar de resolverlo.

Entrevistadora/a: ¿Trabajas con empleadas peruanas?

Luzmila: No, todos son uruguayos, yo soy la única peruana. La empresa es uruguaya.

Entrevistadora/a: ¿Y cómo llega a esa empresa?

Luzmila: Primero, me presenté en otra empresa para trabajar como empleada de limpieza; lo busqué yo solita, porque quería irme de la casa esa de Pocitos en donde estaba, quería cambiar. Y empecé así, de limpiadora, pero luego me ascendieron. Esa empresa perdió la licitación de los lugares en donde trabajábamos y la empresa que la ganó necesitaba personal para poder cumplir con el trabajo. Los dueños de las empresas hablaron entre ellos y decidieron mudar algunos empleados de una que ya no necesitaba tantos a la otra que sí los necesitaba. Así que a unos cuantos empleados nos propusieron cambiar de empresa y yo acepté. Estuve como un año de limpiadora y luego ascendí. Se trabaja muy bien ahí porque hay bastante compañerismo, hay bastante respeto. No es fácil ser encargada, porque tienes que enfrentarte a todos los problemas, pero siempre hay que decir las cosas con *maneras*, con mucha paciencia y todo sale bien. Ahora, la intendenta de Catastro me dijo si yo quería ir a trabajar con ella a la casa, pero yo le dije que no, porque mi sueño es irme a España, sacarme el pasaporte (están por enviarme el pasaje), pedir un certificado de trabajo de ambas empresas donde estuve para poder irme. Ya está programado lo que tengo que hacer, ya es una decisión tomada: pronto me voy a España porque se gana mejor.

Entrevistadora/a: ¿Ya tiene trabajo allá?

Luzmila: No, tengo que buscar en cuanto llegue. Hay que empezar de nuevo. Por eso quiero los certificados de trabajo. No sé si empezar a buscar en casas o en empresas de limpieza, pero cuando llegue, yo ya voy a ver qué pasa. Yo he emigrado acá, a Uruguay; cuando uno emigra ya no es tan difícil porque ya sabe cómo es estar afuera del país, ya ha pasado momentos difíciles, de sufrimiento; muchas veces, como emigrantes, hemos dormido en un parque, sentadas,

amanecíamos, momentos capaz de hambre. Por eso, un vez que llegemos allá, vamos a ver, no va a ser tan difícil para nosotras.

Entrevistadora/a: ¿Has vivido en la calle?

Luzmila: Sí, en tres oportunidades, porque no me pagaban el sueldo para poder buscar un hotel para dormir o las pensiones estaban muy llenas, no había cama donde dormir, o cuando íbamos a bailar, la dueña de la pensión no te dejaba entrar hasta que no fuera hora de abrir las puertas y hacíamos tiempo en los parques y plazas para poder entrar. Pero sí, algunas noches enteras la pasé en la plaza hasta conseguir dinero o conseguir un lugar. Es difícil, muy difícil, porque tú vienes a otro país y dejas una familia, una casa. Pero poniéndose así, con compañeras, con amigas, nos poníamos entre ocho, y alquilábamos una pieza para poder pasar los domingos, cocinar algo, charlar. Ahora estoy viviendo sola, en una pensión aquí, en la Ciudad Vieja, pero es una pensión de uruguayos, porque estoy trabajando en la empresa, donde hago ocho horas y me voy a la pensión.

Pero antes, trabajé cinco años con *cama adentro*. Y cuando llegaba el domingo, lo único que querías era irte. Por eso alquilábamos pensión con otras aquí (siempre eran pensiones de peruanos en Ciudad Vieja). Trabajar con *cama adentro* es difícil, porque terminas once o doce de la noche; cuando te vas a dormir y estás realmente estresada de estar todo el día allí, ya no quieres saber nada con el trabajo, y te tienes que quedar allí; lo único que puedes hacer es descansar, dormir. Además, las casas son muy encerradas, sobre todo en Carrasco, donde puedes pasar varios días sin ver la luz del sol, sin salir de allí. Por eso quieres tener un rato para compartir con tus amigas, que son otras peruanas que también están pasando lo mismo que vos, y se puede charlar, salir a bailar, distraerse un poco. Pero un solo sábado bien disfrutado, descansar el domingo, y el lunes ya vas a trabajar.

Entrevistadora/a: ¿Estar con *cama adentro* es difícil porque los patrones exigen más?

Luzmila: Sí, exigen mucho, porque ahí no hay horario, te llaman a cualquier hora. No tienes forma de evadirte, siempre estás con ellos. Tienes que estar constantemente atendiendo a los patrones, no se tiene horario y no se tiene un buen descanso. Si te sientes cansada, no puedes irte a tu cuarto a descansar una hora, como lo harías en tu casa. Ahí tienes que seguir trabajando, no puedes dejar el trabajo para mañana; sí o sí tienes que cumplir todas las obligaciones del hogar que te manda la patrona.

Entrevistadora/a: ¿Tiene un lugar privado donde descansar y colocar sus efectos personales?

Luzmila: Sí, en Pocitos sí; en Carrasco, era compartido [el cuarto] con mi compatriota, y la señora no lo consideraba un lugar privado de nosotras; eso no me gustaba. Con esa señora no me quede más de dos meses porque tenía esas cosas de ser bastante dura. Pero de la casa de Pocitos me llevé lindos recuerdos; la patrona era buena, porque el trato era bueno, era personal, ella me trataba como si fuéramos una familia. En Pocitos tenía comodidad, una buena cama, un espacio donde dejar mis cosas; aparte, ellas eran dos personas nomás, la madre y la hija, sin niños; por eso duré cinco años ahí. Lo único que tenía era que ella era, en la comida, muy miserable, como se dice. Pero yo tenía que soportar, porque tenía un compromiso con mi hija, porque en ese tiempo estaba estudiando enfermería y yo quería que terminara ese estudio y lo logré. Hice que terminara el estudio, los cinco años, y cuando terminó yo ya estaba más tranquila y pude *salirme* de la casa.

Entrevistadora/a: ¿Ella estaba en Perú? ¿Quién más es parte de tu familia?

Luzmila: Sí, yo enviaba el dinero para Perú. Está ella y un varón de trece años. Terminó de estudiar y se casó. Mi sueño era que terminara de estudiar y verla trabajar en una *posta médica*, en un hospital. Pero no, sí terminó, pero ya se casó y no me trabajó [sic].

Entrevistadora/a: ¿Cómo es estar lejos de los hijos?

Luzmila: Muy difícil. Van a hacer dos años que yo regresé a Perú por primera vez; cinco años antes había salido. A mi hijo lo dejé con seis años, era pequeño, y eso fue muy difícil, porque uno desde aquí puede llamarlo por teléfono y preocuparse por si está bien en los estudios, si el padre lo está vigilando, si está comiendo bien. Pero no estás ahí con él para hacerlo tú misma, sino que le dices al padre para que haga por ti las cosas y eso no es lo mismo. Comunicarme con mi hijo es difícil [...]; él sabe que soy la madre, pero me conoce más por teléfono de lo que se acuerda en persona. Entonces, para él como que el padre es más [importante] que yo, porque siempre ha vivido con él. Para mi hija no es igual, porque ella era más grande cuando yo me fui; me comprende más, no sufrió tanto.

Entrevistadora/a: ¿Usted continúa con su esposo?

Luzmila: No, nos separamos al año de que yo me viene para acá. Es difícil, muy difícil. Porque él tomaba mucho licor e hizo *descontroles* en mi casa y empezó a perderme el respeto. Por eso, yo decidí que tenía que irme de mi casa y para eso tenía que trabajar. Cuando mi compatriota me dijo lo del trabajo en Uruguay, no lo pensé mucho: me vine.

Entrevistadora/a: ¿Y cómo hacía para tenerle confianza a su esposa para criar a su hijo?

Luzmila: No le tenía confianza, pero yo hacía todo a través de mi hija, porque ella no vivía con el padre y el hermano. Yo le mandaba el dinero a ella, así se encargaba de pagar las cuentas, el colegio para mi hijo, la escuela de enfermería para ella y de llevarle víveres o la comida al hermano. Y también controlaba al padre de que estuviera atendiendo bien al hermano; me decía todo a mí, así yo podía recriminarle por teléfono, si era necesario.

Entrevistadora/a: ¿Cuándo le dijo a su esposo que iba a venir a Uruguay, como reaccionó él?

Luzmila: Lo tomó con tranquilidad; en aquel tiempo lo tomó con mucha tranquilidad, porque él ha sido inmigrante en España como por cinco años. Cuando regresó de España era diferente. [Durante] el tiempo que estuvo allá, él me engañaba; hizo mucha cosa indebida. Y regresó totalmente diferente, era como si no fuera mi esposo, como si me lo hubiesen cambiado por otro, regresó con mucha frialdad. Entonces, cuando yo le dije que una amiga me ofrecía un trabajo en Uruguay y que iba a ganar muy bien, porque en ese entonces me pagaban trescientos dólares, (yo veía que era mucha plata, que me convenía) él me dijo que si yo tenía esa decisión, no había ningún problema. Me dijo: "ándate a conocer cómo es ser inmigrante, cómo es sufrir, cómo es estar en otro país" [...]. La gente europea tiene mucha frialdad. Los hermanos de él viven allá, en España, y cambiaron su forma de ser: son duros de corazón. Dijo que me fuera para que viera lo que es vivir en otro país. Yo ya había tomado la decisión e igual me viene. Ya había hecho lo que tenía que hacer: había trabajado en el taller de una empresa embasadora, criado a mi hijo, mientras él estaba en España, y quería que mi hija pudiera estudiar. Así que, venirme a Uruguay era mi oportunidad y la aproveché.

Él mismo se arrepintió de haberse *salido* de España, pero luego ya no podía regresar; se deprimió, empezó a tomar. Mientras, estuvo lejos. No veía la plata que ganaba allá; algo nos mandaba y el resto lo gastaba en salidas. No se dio cuenta de que cuando volviera no iba a tener nada y que en Perú se gana mucho menos. Por eso, después se arrepintió, pero ya había desperdiciado su oportunidad. Después que vino de España, yo sólo estuve dos años con él y me vine para acá. Estando ya en Montevideo, al año, más o menos, charlamos y quedó claro que ya no sentíamos nada el uno por el otro. A mí él no me importaba más y él ya había llegado desde allá sin que yo le importase, así que dimos por terminado el matrimonio, porque ya no había nada entre nosotros. Con la distancia es difícil, y más con lo que había cambiado él. Con los hijos también es difícil, y más si se los deja de muy *tiernos*, de chiquititos, porque como que

se va perdiendo el cariño; eso me pasó con mi hijo. La profesora de su colegio me hablaba, porque yo llamaba al colegio, y me decía que volviera porque mi hijo me necesitaba bastante. Es muy difícil estar lejos.

Entrevistadora/a: ¿Posibilidades de trabajar en Perú no había?

Luzmila: No, no ganando el dinero que ganaba acá. Yo allá nunca había trabajado como doméstica; trabajaba para esa empresa embajadora extranjera (muchos años) y ahí renuncié para venirme. Desde muy jovencita trabajé; desde los veintiún años primero, en la Serranía, y después en ciudad.

Entrevistador/a: ¿Cuántos años tiene ahora?

Luzmila: Tengo como cincuenta años, y una vida muy larga de trabajo, porque siempre trabajé. Y estuve casada muchísimos años, porque de jovencita ya estaba con mi marido y me separé cuando ya estaba aquí.

Entrevistador/a: ¿Está pensando en empezar una nueva vida?

Luzmila: Sí, sí, voy a empezar de nuevo. Yo digo: ya trabajé para mi hija y ella estudió. Ahora, quiero trabajar por mí, para mi vida. Si Dios me presta la vida, voy a seguir adelante, trabajar, juntar algún dinero para volverme a Perú, para hacer algo allá, tal vez poner un negocio. Por eso quiero irme a España, porque aquí ahora no *da* para juntar plata, mientras que allá se gana bien y puedes ahorrar. Quiero juntar porque cuando llegue a cierta edad ya no quiero estar trabajando en una casa; quiero trabajar con cierta tranquilidad en un negocio propio. Sé que se puede hacer, pero hay que trabajar, hay que trabajar y hacerse un futuro. No es fácil. La experiencia que yo he tenido acá, de inmigrante, creo que en todos los países la sufres, porque como inmigrante sufres estar lejos de tu país, de tu familia. Tienen otras costumbres (la costumbre en la comida) y tienes, un poco, que adaptarte.

Es igual en Perú, porque es tan grande que cada región tiene su comida; no es como Uruguay, que es pequeño, y todo es bastante parecido. Allá no tiene nada que ver cada región de costa, sierra y selva. En Perú no es pareja la serranía; se consume mucho el trigo, el olluco, la papa, y en la costa, pescado. En Lima hay comida limeña típica; sólo de Lima están los *cuyes*, que son como unos animalitos chiquitos. En la serranía, la sopa de cabeza de carnero [es típica], porque ahí hace mucho frío, mucho frío. Cuando era joven, trabajé por ese lugar de la sierra y me dije:

"nunca más voy a volver por este lugar". Me servían la sopa y al instante estaba fría. Se ve hielo en los cerros, en el piso.

Entrevistador/a: ¿Y usted es de una zona de calor?

Luzmila: Sí, de un clima tropical: lluvia, calor, hace un poquito de frío en el mes de junio, cuando viene la fiesta de San Juan Bautista, el 24. Los ríos bajan, permanecen claritos como un cristal hasta que empiezan los tiempos de invierno (de allá de la selva, que no es invierno como acá); se ponen sucios, revueltos, llenos de tierra, color rojizo y arrastran de todo: ramas, animales, personas. Hay muchos ahogados, porque se utilizan mucho las balsas para transportar cosas o gente porque los ríos son inmensos y es la forma más rápida de transportar algo, pero también es peligro. Arrastra muchos animales inmensos y si tú vas en la balsa va tomando velocidad; si llegas a chocar con algo ya se te da vuelta y la corriente arrastra todo, no puedes con ella. El Amazonas, el Marañón son inmensos. Es la selva peruana en donde existió el narcotráfico, la coca, el terrorismo.

Entrevistador/a: ¿Me dice lo del narcotráfico y el terrorismo porque tuvo algún inconveniente?

Luzmila: No, no. Si tú no te metes, ellos no te hacen nada. Pero si están allí las plantaciones de coca, si te metes a sembrar, ha procesarlo o venderlo ahí, sí entras a ser parte de ello y te pueden matar en cualquier momento. Porque ganas buen dinero, pero es todo ilegal, entonces, no hay control de nada. Y viene el Ejército y te saca todo; puedes ir preso. Pero, en general, es tranquilo. Cada uno tiene su sector de sembrío y trabaja. Pero vives con esa intranquilidad de que pueden venir en cualquier momento. Yo vivía en un pueblo y toda mi familia, mis padres y mis hermanos, son de ahí. Casi todos mis hermanos aún viven ahí. Cuando había terrorismo era difícil, porque el Ejército andaba buscándoles y ellos siempre se esconden en la selva porque es difícil que los puedan encontrar allí. Y se vuelve difícil para la gente de la selva porque tanto el Ejército como los guerrilleros presionan para que los ayudes. Y son gente *de pelea*, tú no sabes si te van a hacer daño. Porque yo nací más lejos de Tarapoto y a los dieciocho años salí de mi pueblo. Pero aún sé de allá porque tengo una sobrina en Lima que se comunica y me dice todo. Es que mi pueblo es en la selva, pero allá adentro, bien lejos. A veces pasa un año o dos sin tener noticias de ellos. Estando yo acá, se murió un hermano y no pude ir. Pero yo no me desespero cuando me dan la noticia, la llevo con tranquilidad, porque todos vamos a ir por el mismo camino. Mi hija me dice que yo he cambiado, porque cuando me dan la noticia que se ha muerto alguien yo lo llevo con tranquilidad, y ella me dice que me he vuelto fría, por tan tranquila.

Y ella me dice, molesta, que desde que me viene a éste país me volví dura. Dice que éste país te hace cambiar, porque de corazón duro te vuelvas.

Entrevistador/a: ¿Y es cierto?

Luzmila: Sí, es cierto. Desde que salimos de nuestro país, empezamos a valorar más el dinero.

Entrevistador/a: ¿El trato de las familias en Perú es igual al de la familia en Uruguay?

Luzmila: No, es distinto. En Perú la familia te controla mucho más, los hijos son grandes y tienen que rendirles cuentas a los padres sobre lo que hacen. Y se reúnen más entre todos, y así se comentan lo que hacen [...] y opinan. Al venir acá, los peruanos se independizan no sólo en dinero [económicamente] sino que de sus familias. Ya no pueden controlarte y te enteras mucho menos de lo que hacen ellos. Entonces, vives más *a lo uruguayo*, donde las familias se tratan pero no se controlan los unos a los otros, ni se reúnen demasiado. Y cuando vuelves a Perú, ya estás acostumbrada así, quieres seguir así, pero tu familia se queja de que eres diferente. Eso le ha pasado a muchas chicas peruanas; ellas tienen unos pleitos tremendos porque los padres quieren controlar todo: por qué salen, a la hora en que vuelven, si llegan *tomadas*.

Acá hay mucha mayor libertad, no sólo para nosotras, que estamos lejos de la familia, sino para los uruguayos también; cada uno es más independiente. Y más la mujer. Un ama de casa tiene que estar pendiente del marido: el desayuno en hora, el almuerzo en hora y la cena en hora. Es muy diferente. La ropa tiene que estar bien lavada, bien planchada, y [dejar] todo en forma ordenada. Pero en Uruguay, eso no es así, mientras que en Perú esa es tú *obligación* como esposa. Aunque trabajes fuera de la casa en la casa, tienes que tener todo hecho igual. Acá, los hombres cocinan; yo no lo podía creer. Los hombres allá no hacen nada en la casa. Los peruanos acá aprenden a sufrir, porque se cocinan, se lavan su ropa... Pero no vienen acostumbrados de allá así; a ellos les cuesta, se quejan. Porque en Perú, primero, es la madre y luego, la esposa, quien los atiende, pero acá tienen que aprender. El peruano es bien machista. Antes, que la mujer no trabajaba, era peor.

Entrevistador/a: ¿Conocía algo del Uruguay o vino sin saber nada?

Luzmila: No conocía nada. No podía hacerme una idea de nada, porque no sabía ni una sola cosa del Uruguay. No había preguntado nada. Sólo sabía que iba a la ciudad, a la casa de una señora para atenderla en lo que ella me indicara; me imaginaba que era limpiar y alguna otra cosa más pero tampoco había preguntado. Me dijeron que me esperaban en la Terminal de Tres

Cruces y que ellas me llevaban (estaban la señora con su coche y mi amiga). Pero yo viene sola, en micro, que te hacen controles en las aduanas y todo eso que yo no sabía. Me ponía muy nerviosa. Vine por Chile y cuando llegué a inmigraciones para pasarme para Argentina el control de ahí me preguntó adónde me iba, y qué iba a hacer. Y ya me había dicho la señora que tenía que decir que iba al matrimonio de mi hija en Uruguay, para poder pasar. Y te piden todo: dirección, teléfono, lugar adónde vas, cuánto tiempo; te revisan las bolsas de viajes. No tenía idea de que iba a ser tan *así*, y cuando bajé en Argentina la mayoría de los peruanos se quedaron allí, no seguían para Uruguay. Pensé que era la única y tenía miedo porque pensé que me iban a *regresar* [devolver a Perú]. Me sentía sola, *sola*. La Terminal es bien grande y todos tenían su cédula, presentaban cédula mientras que yo tenía que intentar pasar con el pasaporte y que me dejaran llegar a Uruguay, todavía.

Yo estaba tan nerviosa que un peruano se me acerca –era navegante y venía para Montevideo–, me habla y empieza a tranquilizarme. Yo seguía sintiéndome sola y no sabía ni qué hacer, me emboté, como que me puse en blanco y no entraba en razón, de los nervios. Pero él me empezó a hablar y me contó que navegaba y que ya en Uruguay iba a conocer muchos peruanos y peruanas, que era muy bonito, que me iba a gustar porque se *estaba bien* en Uruguay. Todo cosas buenas y bonitas [me contó]. Me tranquilizó, y le empecé a preguntar qué tenía que hacer para llegar a Uruguay. Me dijo que tenía que comprar el pasaje y cambiar dinero por dinero uruguayo, que no me preocupara ni me pusiera nerviosa porque no me iban a hacer problema para llegar a Uruguay, que iba a poder llegar, que era todo más tranquilo y que no te hacían problema en la frontera ni nada. Yo le conté lo de Chile, que para mí fue horrible; yo me puse nerviosa por lo que me preguntaron tanto y tan duramente. Además, yo nunca había visto tantos *blanquitos*. Ese guardia en Chile era altísimo, muy blanco y pelado; te preguntaba de todo y en tono fuerte. El navegante se reía y me decía que no me preocupara por eso, que en Chile, en Argentina y Uruguay la mayoría son blancos, porque así es su raza; ellos son así de blancos. En Perú son todos morochos, morenos.

Él hizo todo: cambió mis *soles* [peso peruano] por plata argentina para comprar el pasaje, y también me dio dinero uruguayo (yo no sé si me engañaba, porque no entendía la moneda). Él me iba explicando pero me perdía cuántos *soles* era cada cosa. Y tenía dólares también, pero esos sí sabía, pero dinero argentino y uruguayo nunca había visto. Me dio todo y yo guardé en distintos lugares tratando de acordarme si esa era plata uruguayo o argentina, pero qué sé yo. Al ver que tenía un problema bárbaro con el dinero, me ayudó a comprar el pasaje también. Me

lo dio y me dijo que salía a las diez de la noche, que faltaba un rato todavía. Se empezó a ir y me di cuenta que allí ni la hora sabía, porque yo tenía hora peruana, así que lo perseguí, y me preguntó qué me pasaba. Me dio vergüenza, pero le dije que me quería quedar con él hasta que llegáramos a Montevideo, porque tenía miedo de perder el micro. Él se reía y me decía que no iba a perder el micro, que él iba al baño. Y fijate que tan grande era mi miedo que me quedé quietita en la puerta del baño de los hombres, con mi valija que la llevaba de arrastre. Yo me decía: "si él se me pierde, yo qué hago, a quién le pregunto". Cuando salió, ya me estaba mirando *raro*, pero yo no dije nada. Me dijo que él iba a comer algo mientras, y lo acompañé. Lo menos que quería era comer, por el nudo que tenía en el estómago, pero igual me hice la que tenía hambre también y le pregunté qué podía pedir (porque había cosas que no sabía lo que eran, como las milanesas). Si tú no sabes y las ves así, de afuera, no se parece a nada, pero él me dijo que era carne de vaca con pan rallado, que se comía mucho eso por aquí. Después nos fuimos a subir al micro y el que recibía los boletos le preguntó si éramos pareja; dijo: "no, no nos conocemos del otro micro porque vinimos con todos los peruanos". "Entonces, los pongo separados", y así me separaron de él. Ya vinimos para acá y es muy diferente Uruguay, Argentina, del Perú. En Argentina te pones muy nerviosa porque hay tanta gente y hay mucha gente blanca (nosotros les decimos *gringos*); tú te quedas mirando como asustada, como miedosa. Pero pude llegar. Pasé diciendo que en quince días regresaba y hasta ahora me quedé. Ahora estoy intentando sacar pasaporte uruguayo para irme a España pero no es nada fácil.

Entrevistador/a: ¿Por qué pasaporte uruguayo?

Luzmila: Porque estoy aquí, y me voy a ir de aquí. Pero me comentaron que mejor es ir con papeles peruanos; antes decían que servía más el [pasaporte] uruguayo. No sé, es difícil, con cualquiera de los dos. Tienes que pedir que te pasen tus antecedentes penales de Perú a Uruguay; eso lleva tiempo y cuesta mucho dinero.

Entrevistador/a: ¿Té hubiese gustado que no hubiera habido tantos blancos?

Luzmila: No, es que te da miedo *lo diferente*. Cuando no estás acostumbrada es difícil, pero te acostumbras y ya. Además, ese guardia en Chile me trató muy duro. Si hubieran sido todos así no hubiera podido soportarlo, pero después vas conociendo...

Entrevistador/a: ¿En Tres Cruces que pasó?

Luzmila: Me llevaron para la casa en Carrasco en coche. No vi nada más que la casa de la señora durante las primeras semanas; aprendí a cómo trabajar en la casa. Después, con mi amiga, empezamos a conocer más peruanas saliendo, yendo a la iglesia, a bailar. Es difícil, pero te acostumbras a todo. Lo mismo me va a pasar en España. Sufres más al principio y después ya estás.